VII.

Delitos hispano-mexicanos y académicos. [1].

Toca el turno á un estimable escritor, honra de la colonia española en esta tierra, el que por éste y otros títulos, me es simpático y es por todos reconocido como un completo caballero; por lo que no me es grato ponerle al mismo nivel que á otros muchos, de quienes le separan su fina educación, su ilustración reconocida y su nunca desmentida caballerosidad.

Mas si con ellos se ve confundido, la culpa no es mía por cierto, sino suya y no más; porque escribe malos versos, de entre los que hay que entresacar algunos ripios. Ya he dicho que desearía ver siempre adunadas las buenas prendas personales con las excelentes dotes literarias;

[1] Este artículo se publicó en «El Universal» del domingo 14 de Diciembre de 1890.

pero ya que esto no es posible, tengo que separar las unas de las otras, elogiando al autor y censurando la obra.

Perdone, pues, la zurribanda, que á fuer de académico tiene que recibir por partida doble y entretengámonos en glosar la poesía

GENIO Y OLVIDO.

«Ven ¡dulce sueño! ven, potro es el lecho.
«Si el insomnio los párpados fatiga
«Tenaz negando al afligido pecho
«La dulce calma que el dolor mitiga.»

Como es usted académico, voy á *ceñirme*, como diría Roa, al Diccionario de ustedes, al que *profeso tibio afecto*, porque he leído la Fe de Erratas de Valbuena, libro que, con los Ripios Aristocráticos y los folletos de Clarín, deseara fuera la constante lectura de usted y otros poetas. Comienzo por aplaudir el potro, pero no paso que el insomnio fatigue los párpados; porque quien los fatiga es el sueño, cuando hay que vencerle. Tampoco puedo aplaudir que el dolor mitigue la dulce calma, porque éste es un defecto de construcción imperdonable en un académico de los merecimientos de usted.

«¡Qué azules claridades desparrama.»
(La luna de quien se habla en el cuarteto anterior.)
«Sobre la vía solitaria! ¡Como
«En resplandores vívidos inflama
«La torre aguda y el rotundo domo!»

Ha salido usted á la calle en una noche de insomnio y, quizá por lo fatigado de los párpados, vió azules las claridades que desparramaba la luna. El *desparramaba* me sonó mal, acudí al Diccionario y encontré que la acepción que mejor le venía era la de *esparcirse* ó *extenderse*. Usted, que es académico, me dirá, yo no lo sé, si ésta es exacta y si el verbo esparcir ó extender háse de tomar como recíproco y no como activo. Yo diría: la claridad de la luna se desparrama, pero no la luna desparrama claridad. Pero de todos modos, este desparrama es poco poético y demasiado vulgar. Me causa admiración ver *como* la claridad azul de la luna puede inflamar en resplandores, porque ésta es cosa inaudita y todo el cuarteto, es prosaico y culterano, porque *la vía* y el domo así me lo parecen.

Busqué en el Diccionario la palabra *domo*, no la encontré; y después de mucho

pensar me acordé de que se dice en la letanía *Domus aurea*.

Entre *domo* y *domus* encontré cierta semejanza y acudí al Diccionario Latino, en el que encontré *domus*, pero no *domo*. Para salir de dudas encaminé mis pasos á cierto establecimiento de instrucción, sostenido por el erario federal, en donde hay sabios reconocidos y del que no sale un alumno que no sea un Cicerón. Dá en él cátedra de latín cierto amigo en cuyos conocimientos no tengo gran fé; porque cuando juntos estudiamos latín, en ese mismo plantel, el *musa musae* no le era muy grato. Pero, en fin, si *docendo discitur*, y él enseña, esperaba qué hubiese aprehendido algo. Encontréle, expúsele mi duda y después de vacilar un rato entre si *domus* era de le segunda ó de la cuarta declinación, resolvió que *domo* era dativo ó ablativo de *domus*, y que quería decir *á* ó *para* la casa, ó *en*, *con*, *por*, *sin*. *de*, *sobre la casa*. Comprendí luego que este domo, usado en cualquiera de los dos casos, vino sólo por el *como* y resolví que era ripio. En seguida me dirigí á la casa del poeta, y por aquella vía, vulgo calle, que él tomó en su imaginario camino,

busqué la torre aguda y la rotunda domo, vulgo casa, y no encontré ni la una ni la otra; por lo que, fundándome en la autoridad de Clarín, que enseña que los poetas que describen lo que no ven ni existe, no son poetas y llama á estos dislates ripios de ideas, vine á concluir que el cuarteto, en conjunto es ripio de idea, y sus partes son ripios de palabras, y continúo glosando.

«Los domésticos muros.»

Como quien dice, los domésticos caballos, los domésticos perros, los domésticos servidores. Mi propio parecer, para habérmelas con académicos, y más hispanomexicanos, me parece insuficiente y para ellos tengo aquí mi diccionario, al que acudo en estos casos apurados. Como estos *domésticos* me sonaron mal, busqué doméstico en el librote académico, y encontré que así se llama lo perteneciente á la casa, y esto es verdad; pero una cosa es lo perteneciente á la casa, y otra cosa son los componentes de la casa, lo que forma la casa misma, como diría un galiparlisla. Lo primero es lo doméstico, lo segundo no lo es: así nadie dice doméstica sala, doméstico corredor, doméstica es-

calera; y por lo mismo, los domésticos muros son disparates.

«Los domésticos muros esclarece (la luna)
«Con *más tímida* luz y allá en la sombra,
«Que de una acera el límite oscurece,
«Finge en el pavimento parda alfombra.»

Unos domésticos disparates, digo muros, que no vienen al caso, los de la rotunda, quizá ya no se inflaman, ya se acabó el incendio en la rotunda domo y los muros de ésta ó de otra rotunda ó cuadrada, están alumbrados por luz tímida. Tímida dice el libro de los Académicos de allá, fabricado en *connivencia* con los *corresponsales* ó *correspondientes de aquí*, tanto quiere decir como *medrosa, temerosa, encogida de ánimo*.

Escoja usted, señor Académico, la acepción que mejor le plazca, y el tímido es ripio y disparate, tanto mayor cuanto antes teníamos una luz vivísima y este tímida, que usté tomó por tenue, es más tenue que aquella que inflamó la rotunda domo y la puntiaguda torre. Ese límite de la acera, usted quiso que fuera el de altura; pero como toda acera tiene dos á los lados y uno á lo alto; tal como usted se expresa, más que escribir en verso, escribe us-

ted un problema matemático con tres incógnitas. Viene después una parda alfombra fabricada por una acera, y la luz reflejada por la otra, y esto, unido al mal pavimento de nuestras calles, le pareció á usted *parda alfombra*. No hay duda que es usted maestro en descripciones defectuosas. Cualquiera que no haya visto una noche de luna, leyendo á usted, se queda tan ignorante como antes.

Sigue la luna siendo sujeto gramatical de estos ripios y continúa usted:

«¡Conqué frescos matices hermosea,
«Aunque agotados los antiguos cauces,
«Lo que en el viejo Parque gallardea
«Copia de erguidos fresnos, mustios sau-
[ces!»

Comenzamos con un *Conque*, muy armonioso y poético, y la luna hermosea con matices frescos, aunque están cegados los antiguos cauces, vulgo zanjas. Ancho pero corto, como el caracol. Y dígame usted, señor Académico, qué ¿tienen que ver esas cegadas zanjas con los matices de la luz de la luna? Nada, ¿no es verdad? Luego el *aunque* es un disparate, y los cauces no salieron en el verso más sino porque usted tenía trabajos para componerle. *Lo*

que en el viejo Parque (vulgo Alameda,) *gallardea, copia de erguidos fresnos mustios sauces*. Para completar el verso suprimió usted una *y*, cosa lícita siempre que no haga, como en el caso, oscura la frase, pues parece que los fresnos con su mote de erguidos y los sauces con el suyo de mustios, son una misma cosa.

«Aquí régia avenida se dilata (la vía de
marras)
«Allá del campo la extensión fulgura,
«Circundada de atmósfera de plata,
«Surge en su pedestal bronca escultura.»

La extensión fulgura, como se inflamó la torre puntiaguda y la rotunda domo.

Estamos ya delante de la estátua de Carlos IV, montado en su caballote andaluz y por supuesto *en su pedestal*. No se crea que montado en el pedestal sino encima de él, y exclama el poeta.

«¡Qué pasmosa verdad! ¡Con que pres-
(tigio
«Este asombro del arte el alma doma!»

Se doma un caballo, pero no el alma, ni aun siquiera la de los salvajes; ésta, cuando más, será civilizada. A usted le doma el prestigio del arte y una pasmosa verdad. Pues, señor, que quede usted do-

mado y no siga usted aficionado á los *conques*.

«¡Cómo sucumben ante tal prodigio
«Los que al mundo legaron Grecia, Roma!»

Los esculturas griegas y romanas no sucumben: palidecerán ó lo que usted quiera, pero sucumbir, eso no, y si usted no lo quiere creer, vea el Diccionario. El *doma* vino por Roma y fué ripio con mezcla de disparate.

«¡Oh frágil ilusión! La bella estátua
«No sol de gloria antigua, es débil lampo
«Que, como en negra noche lumbre fátua,
«Deja en más honda lobreguez el campo.»

Señor mío, una estátua nunca es sol de antigua, ni de moderna gloria, ni lampo. Lo que usted quiso decir, y no dijo, fué que Carlos IV no fué gloria antigua; que no hay razón para levantar un monumento en su memoria, esto es verdad; pero mal dicha, y por lo mismo le aconsejo que cuando usted quiera decir una cosa y no la diga con claridad, deje el pensamiento en el tintero y no le escriba. Allí no hace daño y en el papel si perjudica. Como estoy conforme con la opinión de usted respecto á Carlos IV, perdono algunos versos, y no sólo por eso sino porque

la composición es larga y no puedo glosarla toda.

Muy bien dicho que Carlos IV fué un mal rey, pero está mal el que llame vd. al gallo,—bardo vigía—y peor que *josca neblina desvuelva espeso manto*, y para probarlo acudo al Diccionario. Fosco—Hosco—*se aplica al color muy oscuro, que se distingue poco del negro*. La neblina fué como la del Viernes Santo, oscuridad tenebrosa. *Desvolver. Alterar alguna cosa, darle otra forma, arar la tierra, mullirla, trabajarla.* Esto dice el Diccionario. Tome vd. la acepción que quiera y sustitúyala por el desvuelve y sale mala la sustitución. Habrá observado el lector los cambios tan repetidos y frecuentes de luz que hay en esta poesía: ora se inflama el cuadro, ora fulgura, ora es luz tímida, ora oscuridad aterradora y aun falta otra. Hay cuadros pintados á dos luces y éste es á muchas luces.

«Luego con lenta graduación se tiñe
«Todo en luz, cual la flámula verdina,
«Y ancha frente, que antiguo lauro ciñe,
«Surge rompiendo la sútil neblina.»

La josca se convirtió en sutil, se *desvolvió* en sutil. Fué rápido el cambio y la

atmósfera gradualmente se tiñó, y no crean ustedes que en tinte, sino en luz, y no como quiera, sino *cual la flámula verdina*; verdina y flámula que están en la mente del poeta, y todo acabó *con que* la frente de Carlos IV, coronada con un laurel tan antiguo (otro ripio) como ella, rompió la desvuelta, digo sutil neblina.

Lo que sigue creo que ni el autor lo entiende.

Y crece ¿pero qué crece? La frente ancha, si tal sucede, la cosa es grave. ¿La neblina? No porque se rompió. Pues ¿qué crece? El disparate y no más.

«Y crece y sube en colosal manera
«su forma de esqueleto.»

Llegó la hora de los espantos y tentado me veo de doblar la hoja. Pero aguardo, que este esqueleto no es el de Carlos IV, sino el de Tolosa, autor de la estátua, que nos viene á sacar de un engaño, y por tanto sea bien venido *y reprima el gesto lógico espanto.*

Estábamos creyendo que la estátua ecuestre, que desde niños hemos visto era la de Carlos IV, pues no lo es. Error craso, porque no fué á este rey á quien quiso representar el autor. Es

la imágen de *Elío Adriano* ó la de *Teodosio inmortal*, ó la de *Trajano* ó *la de un mejor César Español*, de cualquiera, menos de Carlos IV, pero un virrey adulador dijo que era de Carlos IV y por eso lo hemos dicho todos.

Esta poesía sirve para decir que el genio del artista no ha merecido de los pósteros un recuerdo, y sí se ha erigido una estátua á la memoria de un rey tan torpe como Carlos IV. La idea es buena, pero está mal expresada y por esto pierde su valor.

Repito lo que he dicho en otras ocasiones: hay poetas que conciben, pero que no paren. Este es uno de ellos, y sus malos alumbramientos dan por resultado que las buenas ideas que profesan, queden en ridículo y pierdan su prestigio.

Aquí doy fin á este artículo, ofreciendo el segundo, si antes no desciendo al horco agobiado por tanta poesía.